

## LA SABIDURÍA SIN PROMESA (Fragmento)

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

“B alzac ha buscado siempre una teoría de las pasiones; ha sido una gran suerte para él que no la haya encontrado nunca”, escribe Gide en 1919. ¿El mismo halló, a través de su *Diario*, alguna teoría de las pasiones?

El *Diario* de Gide nunca fue un diario propiamente íntimo, si por éste entendemos la bitácora donde un hombre apunta lo impronunciable. ¿Gide, habiendo hecho públicas sus pasiones, no tuvo intimidad? ¿El *Diario* no es íntimo porque toda su obra es una epopeya de la intimidad? Gide lamentó la paradoja. Desde los años treinta empezaron a publicarse extensos fragmentos en la NRF y al final de la década una versión del *Diario* se suma a sus obras completas.

Herederos de Edmond y Jules de Goncourt, Gide les debe únicamente el formato. El “genio andrógino” de los hermanos se complacía en la crónica puntillosa y en la deturpación de las personas. Su modelo era la gran literatura epistolar y sentenciosa de los siglos XVII y XVIII. Gide resultó ser un sincero a la manera de Rousseau, un cristiano en problemas que se confiesa en público. Es raro encontrar en el *Diario* gideano epigramas memorables, aforismos de consumo póstumo o verdaderos chismes y maledicencias; su autor jamás hubiera suscrito “la primacía de la anécdota, lavandera de la historia”, como predicaban los Goncourt. Gide pensaba, como su maestro Paul Bourget, que todas las anécdotas son, por definición, falsas.

Para llegar al *Diario* hay que jugar a la rayuela, saltando de Saint-Evremond a Rousseau y luego a Stendhal, cuidándose de no caer en las casillas de La Rochefoucauld, Saint-Simon y Chateaubriand. Devoto de Montaigne, cuando Gide se angustia tiene el consuelo de Pascal, cuya ansiedad jansenista conoce bien. Pero no detesta a su época, como los Goncourt; no es un misántropo como Paul Léautaud; quiere a sus contemporáneos, los invita a discutir, pues Gide es un niño que necesita jugar y pelear con el resto de los rapaces de su cuadrada. El *Diario* de Gide es la crónica de un triunfador, usufructuario de la vanidad satifecha que el mundo le prodiga.

El *Diario* es una totalidad involuntaria y espesa,

poseedora de las debilidades humanas de Boswell y Eckermann, al tiempo que de la estólida voluntad de poder del doctor Johnson y de Goethe. Gide fue simultáneamente el creador y su testigo, el genio y su secretario, Jean-Jacques y Samuel Pepys en una sola persona, novelista menor y mal dramaturgo, audaz y cauto (extraña combinación, dirá Sartre en su oración fúnebre), jefe espiritual y predicador inmoral, ¿maestro en todo y doctor en nada, como Goethe?

Fue Claudel, por cierto, quien llamó a Goethe “asno solemne”, olvidando que la gracia de los insultos inteligentes está en su facilidad para revertirlos contra quien injuria. Así lo hizo Cernuda y el “asno solemne” acabó por ser Claudel.

La comparación entre Goethe y Gide siempre termina por ser peyorativa. Los une, sin duda, la indiferencia metafísica, el paganismo, la curiosidad por las ciencias naturales y una alegría templada más propia del sabio estoico que del literato moderno. Pero esas afinidades propuestas esconden esa burla que no osa decir su nombre: Goethe y Gide son un par de asnos, uno solemne y otro burlón. Aceptemos de buen grado la zoomorfización. Si el horóscopo chino concede sabiduría al buey, no veo porque nosotros no hemos de adular al asno. El asno es una bestia de carga: Goethe y Gide llevaron en sus espaldas esos alimentos terrenales que otras criaturas literarias, más ágiles, más impacientes y más bellas, no se acomedían a cargar. A su pesar, Goethe fue la hormiga que impidió el invierno para Novalis, Schiller, Hölderlin; en idéntica faena, Gide se arriesgó a viajar con un engorroso equipaje sexual, político y moral cuyo peso hubiera hundido a las veleidosas cigarras que lo precedieron. Gracias al noble bruto, Sartre, Camus o Genet pudieron volar. Nuestra sapiencia es obra de un asno.

A Gide, en su *Diario*, le cuesta mucho hablar mal de las personas. La calumnia no es su fuerte, rasgo de carácter admirable si recordamos que vivió atormentado por dos de sus mejores amigos, en distintas épocas: Claudel y Valéry. Y si Gide no nos dejó una teoría convincente de las pasiones, dejó un ramillete de hipótesis sobre la experiencia de la amistad.

Claudiel, cuando murió Charles-Louis Philipe en 1909, creyó oportuno acelerar la conversión al catolicismo de "su judío" (André Suarès) y de "su protestante" (Gide)... Claudiel, el hombre de fe ansioso por acrecentar la nómina de bautismos entre los letrados, se ha convertido en el villano de la literatura francesa. Pero leyendo su biografía y la correspondencia, no hayamos en él el odio patológico de Céline, la tentación mefistóflica de Drieu, el escalofriante cinismo de Aragón o la santurronería egomaniaca de Artaud. Claudiel fue un hombre muy vulgar, católico a machamartillo que recibió el don de la poesía con la misma naturalidad que sus puestos diplomáticos, un padre de familia que no conoció más pecados que el adulterio y la soberbia. La leyenda del desalmado ante Camille, la desgraciada amante de Rodin, es sólo una leyenda. Su hermana Camille estaba loca y Paul, como haría cualquier hombre de su clase y de su época, la internó en el manicomio. La tragedia de Camille lo volvió, eso sí, más beato: entenderá toda pasión artística como una posesión demoniaca. Temió desde entonces su propio genio.

Su amistad con Gide, admirable gracias a la incompatibilidad más absoluta, terminó mal. "Quisiera no haber conocido nunca a Claudiel", anota Gide en el *Diario* en 1912. Si los católicos, por razones históricas y familiares, lo aterraban, forzándolo invariablemente a explicarse, el papel de Claudiel como Gran Inquisidor acabó por fastidiarlo, al grado que algunas almas piadosas afirman que la violencia escolástica del poeta católico fue la que alejó al inmorlista de Roma.

Pero Gide enmudecía ante el poder lírico de Claudiel, que le parecía una gracia divina otorgada a la persona equivocada. Pocos como Gide admiraron tan humildemente a sus amigos. Cuando recibió el Premio Nobel, Gide pensó en el sufrimiento que estaría viviendo su ex-amigo al ver premiado a un protestante. La muerte impidió a Gide saber que el próximo laureado francés sería un católico... François Mauriac en 1952.

En el otro extremo, Paul Valéry, a quien Gide idolatraba como escritor y adoraba como amigo. Pero hasta la muerte de Valéry —seis años antes que la suya—, Gide no dejó de temer sus juicios lapidarios. Cada entrevista entre ellos era un calvario para Gide, "abrumado antes que estimulado" por una inteligencia que creía tan superior a la suya. Gide sentía —y lo dijo con esas palabras— un enorme complejo de inferioridad ante Valéry, registrado en una pesadilla anotada en el *Diario* el 17 de septiembre de 1937: Valéry agoniza, es importante escribir sus últimas palabras, Gide toma la estilográfica, pero no puede seguir el dictado, tan veloz, de su amigo... Desde que se conocieron, hacia 1902, Gide entendió con dolor

que Valéry despreciaba su literatura. Renunció a agradarlo, pero su aprobación siguió siendo una esperanza constante, casi un remordimiento. "Gide nunca entendió", dijo Gaston Gallimard, "que el gran fracasado era Valéry y no él."

Capaz de admirar hasta la autoconmiseración, Gide rechazó, en cambio, a Proust. En 1913, apenas hojeó *Por el camino de Swann* y dictaminó en contra del libro. Una vez que le devolvieron el manuscrito, Proust contrató a un experto en nudos para comprobar si el paquete había sido, al menos, abierto. El resto es historia conocida: en 1919 Gallimard arrebató a Grasset los derechos de *En busca del tiempo perdido*. Gide se ve obligado, en cuanto jefe espiritual de la NRF, a presentar públicamente una disculpa en regla, admitiendo su responsabilidad personal en el gazo editorial más famoso del siglo.

Pero recorriendo el *Diario* descubrimos que las excusas gideanas fueron una palinodia. En las entrevistas sostenidas en el departamento de Proust, durante la gran guerra, Gide encuentra varios motivos de disgusto. Proust, contra lo que aquél pensaba, estaba realmente moribundo y no era el enfermo imaginario de Molière, que se defiende del mundanal ruido con la hipocondria. Y Gide le reclamó el "fingimiento" de la homosexualidad en su gran novela. Las respuestas proustianas, evasivas, eran las de un burgués para quien la reputación de su hermano, célebre médico, importaba más que un gesto que sólo Gide, libérrimo, podía darse el lujo de practicar. Por otra parte, Gide era un gentil con una dosis suficiente de antisemitismo cultural como para olvidar lo que valía la respetabilidad burguesa para un Proust, judío integrado. Y el novelista de *En busca del tiempo perdido* entendía la homosexualidad como una forma asumida de la perversión. Proust era un decadentista decimonónico; Gide, un adelantado en la defensa del derecho a la diferencia.

Las divergencias entre Gide y Proust en cuanto escritores homosexuales han sido exageradas; el desencuentro está en otro lado. Gide, novelista frustrado, veía en Proust al Balzac de Rodin, al genio prometeico capaz de crear una portentosa realidad novelesca en las condiciones más propicias. Frente a Marcel, el verdadero asceta que renuncia al siglo y atrapa el tiempo perdido, André se sentía un diletante y un mundano, cuando las biografías intelectuales de uno y otro —se conocían desde 1892— parecían destinadas a representar lo contrario. Gide nunca entendió que ese inesperado trueque de atributos lo convertía, frente a Proust, en un reo de la envidia, pecado que la humildad evangélica gideana detestaba. Respetar y temer a Claudiel, el poeta elegíaco, y a Valéry, la inteligencia matemática, era cultivar la tierra árida de la admiración. ¿Pero cómo aceptar a

Proust, el inesperado? "Odio el talento fácil" decía Gide de él. El *Diario* será una larga marcha en la búsqueda de los gafes gramaticales de Proust, que Gide atesora con avaricia, mientras exalta a Roger Martin du Gard, uno de sus mejores amigos, como el novelista esencial de la época. Pero Gide vivió para saber que Marcel Proust, nacido en 1871, se convirtió en el verdadero heredero de Balzac, el *parvenu* que se comió el mandado de toda una generación.

Claudél, Valéry, Proust... Una trinidad que aplasta a Gide, dioses que lo obligan, día con día, a ser menos, es decir, a ser más terrenal que humano. El *Diario* de Gide ilustra mejor que cualquier otra obra de su género el dolor sin tregua que prodiga la amistad literaria, ese pacto donde la gratitud se convierte frecuentemente en odio. La pasión de Gide, contra lo que dicta su neoclasicismo, no fueron las palabras, que le arrebataron sus hermanos de tinta, sino los hombres y las mujeres, los amigos y los enemigos, seres que podían ser árabes, negros, comunistas. No se ufano de amar a los oprimidos, como Sartre, para quien el infierno eran precisamente los otros. Gide dedicó sus rabias y sus ternuras a individuos concretos, cambiantes, insabiles.

Gide no dejó grandes palabras sobre el amor sensual. No tuvo el desgarbo de Stendhal ni la impudicia de Amiel. Su homosexualidad le imponía reservas y prefirió teorizar su experiencia antes que detallar sus aventuras. Pero hirió en vida a su esposa, publicando *Corydon* y *Si la semilla no muere...*, pues para el protestante estaba primero la verdad que la caridad, la fidelidad a la Escritura antes que las buenas obras.

Hay una pasión final en Gide que no mencionó en su *Diario* pero que conocemos gracias a *Los cuadernos de la 'Petit Dame'*, de Maria Van Rysselberghe. Esta mujer decidió ser la Eckermann del Goethe del siglo XX, narrando en secreto su vida, aunque es muy probable que Gide aceptase tácitamente la actividad de su secretaria, con la que acabó compartiendo el piso de la Rue Vaneau. No me gusta el memorial de Maria, tan útil, pues exuda una admiración tan rendida que maltrata a Gide, indigno de merecer adulación. Admito de buena gana que *Los cuadernos...* pueden ser más veraces que el *Diario*, pero frente a un diarista importa más la imagen ante el espejo que la fisgonería del prosélito. Como el portero de Walter Scott, Maria utiliza el plural al hablar del trabajo del patrón bienamado: "Desde hoy estamos en *Los monederos falsos...*"

Pero el testimonio de Maria es vital para conocer la última y acaso la más insólita de las pasiones de Gide, su paternidad. Desde 1919 Gide quería ser padre, como para demostrar que su semilla, normalmente derramada, no tenía porque morir, aunque su

erotismo fuese homosexual. Juguetonamente, quería que Marc Allégret, su compañero, embarazara a Elizabeth Van Rysselberghe, hermana de Maria. Y finalmente, lo hizo Gide. Una niña, Catherine, fue recibida en 1923, con los acurrumucos familiares propios del hijo deseado con ansiedad.

Hasta el espíritu más ajeno al drama de la paternidad se entenece ante la jovialidad de la "familia" Gide ante el bienaventurado episodio. Como comuneros de los años setenta del siglo XX, André, Marc y las Van Rysselberghe comparten su temporada en *babyland*. Gide, padre inverosímil, se prodiga. Pasa de la ingenuidad a leer el *Emilio* en busca de instrucciones prácticas hasta la sensatez de consultar los manuales pediátricos que los norteamericanos empezaban a difundir. Veamos en acción al corruptor de la juventud, según Maria: "Catherine no le molesta; le gusta que la dejen sola con él y aprecia que ella pueda divertirse sin el concurso de nadie, siempre ocupada. Le enseña lagartos en el jardín y la manda hacer ejercicios algo difíciles para ella; entrar y salir de su silla sin ayuda, por ejemplo, a pesar de la irresistible forma que ella tiene de tenderle la mano diciendo 'Please, Bapeede'. Sobre todo, se muestra sin piedad para hacerle recomenzar veinte veces la misma cosa; por lo demás, no se da muy bien cuenta de la capacidad de paciencia de un niño. La avidez de Catherine ante las imágenes le encanta. Detesta que con una palabra, un signo, se influya en sus impresiones en la forma que sea. El número de veces que se le oye repetir: ¡Déjenla! ¡Déjenla ya!"

¿Oscar Wilde habría apreciado la paradoja con la que el joven que inició en la transgresión terminó su vida? Sin arrepentirse, el defensor de la "contranaturalidad" homosexual demostró que el viaje de la paternidad, como casi todo lo humano, no le estaba vedado. Al morir Madeline Gide, André reconoció legalmente a su hija, alcanzó a conocer a su nieto, y le dedicó a Catherine su última confesión, *Ainsi soit-il ou les jeux sont faits*, que cierra su autobiografía. Fue un final muy burgués, decepcionante para los jóvenes existencialistas cuyo paradigma era San Genet y no el abuelito Gide. Hay que decir que Gide es un buen candidato para encarnar al último escritor burgués, entendiendo por burguesía al buen Tercer Estado regido por la ejemplaridad moral sin el cinismo aristocrático, el esfuerzo espiritual sin la vulgaridad igualitaria, el deseo balzaciano de conquistar la ciudad sin destruirla, esa justa medianía predicada por el cristiano sin Iglesia, ajeno a la turbulencia teológica. Coronar esa estampa doméstica con el piano de cola en el centro del hogar no creo que sea traicionar el recuerdo de André Gide.

Quizá los libros de Gide sigan alejándose de nosotros. Pero si me fuera dado pedir algo a la posteridad,

rogaría por ese *Diario*, la aventura literaria por antonomasia, obra de una vida poderosa y sensual, ligera y espiritual, suma de los trabajos de un escritor que bordó un arte de la vida, y un arte de la muerte, una sapiencia de asno burlón que nos retira la trascendencia a cambio del amor propio y el afecto por los pecados, las mañas y las vanidades del prójimo, compañía dialogada que, a un lector como yo, le habló claro de la enfermedad como una llave. André Gide, el enemigo de la superstición y del anatema, fue un hombre esencialmente sano que sufrió las en-

fermedades físicas y morales para ofrecer, a través de su *Diario*, esa salud del alma que es la sabiduría sin promesa.

#### NOTA

<sup>1</sup> Maria Van Rysselberghe, *Los cuadernos de la "Petit Dame"*, I, *Notas para la historia auténtica de André Gide, 1918-1929*; Alianza Editorial, Madrid, 1976, pp. 248-249. ◀

[VUELTA NÚM. 239, 1996]

## INCITACIÓN QUE COPIA A LA VIDA

ALBERTO GIRRI

Volcado a astucias, a movilizar  
cuantas dotes para ardides te atribuyas,  
y exaltarlas,  
un escrutinio  
de lo que contengas de sagaz, mañas,  
de mente estratega, meticulosa,  
en lo posible  
a pleno sol, en que nada hay oculto,  
ceden las desconfianzas,

y sueltamente, espíandote  
cual un forzar sin forzar, persuasorio,  
no importen los cerrojos,  
tú, guardián  
de tus decretos, y quien los facilita,  
lábilas las huellas de haber hurgado,  
y de ti mismo distante:  
neutro deslizarte por lo espionado,  
sin crear vínculos, nada  
que te provoque culpas, alarmas.

Como que operaras  
en un país extranjero del que antes  
sólo conocías mapas, peligroso de emboscadas,

y de donde luego fugas,  
las cuentas de tus proezas ordenas,  
y qué pusiste en el juego,  
ese tanto  
de lo que todo espía debe poner, intrepidez,  
un mucho de latente frustración,  
mucho de afán exhibicionista.

[VUELTA NÚM. 182, 1992]